

a qué este afán) de mostrarse; otra, su escasa capacidad para estimular al genio que hay en Borges. Nos asombra que en ocasiones un escritor de raza pueda componer un gran libro con un tema trivial; Jean de Milleret prueba que es también asombroso cuán minuciosamente se puede reducir a libro trivial un tema gigantesco. Es preciso reconocer en nuestro calígrafo una genialidad puntual en el arte de omitir el talento. Me pregunto, despavorido, qué libro hubiera amontonado monsieur de Milleret si se hubiese visto forzado a escribir sobre un tema insignificante, como yo estoy haciendo. «Jean de Milleret, con todo el tiempo a su favor, con Borges a su disposición, pierde una invaluable oportunidad de dar un testimonio válido y profundo de uno de los mayores escritores en lengua española de todos los tiempos», dice Gabriel Rodríguez en el texto citado.

Pero tal vez sea injusto atribuir a nuestro reportero la intención de diluir la grandeza de Borges: acaso tal suceso no viene de su afán, sino de su destino. En sus *Metamorfosis* refiere Ovidio cómo el ventrudo y sabio Sileno regaló al rey de Frigia la dudosa virtud de convertir en oro cuanto cosa tocara —incluso, como supo después el rey, su propia comida y su propia bebida—; esto último hizo que Midas fuese muy desgraciado, hasta que por indicación de Dioniso lavó sus manos en la fuente del Pactolo y quedó así curado de su horrible suerte bursátil. Midas inverso, monsieur de Milleret reduce a escoria o a alguna otra materia inanimada todo cuanto su pensamiento abarca con sus tentáculos de aminorado fósforo; puesto que esa acrobática virtud parece dejarle satisfecho (en tanto que el buen Midas sufría con su poder), es dudoso que quiera hallar a su Dioniso, lavar sus reportajes, liberarse de su estupefaciente propiedad —y liberarnos de ella. Otro párrafo de la mitología (la leyenda de Pan y Apolo) informa de que Apolo hubo de castigar a Midas, e hizo que le crecieran a ambos lados de la cabeza dos orejas de asno abundantes, resolutivas. Midas (ahora estoy aludiendo de nuevo al desdichado rey de Frigia) ocultó sus picudos merecimientos bajo una tiara y tan sólo a su peluquero confió su acústico y casi estereofónico secreto, prohibiéndole su revelación y aun su comentario, bajo pena de muerte. Los manuales de la mitología recuerdan cómo ese pobre peluquero, abrumado por la espesura del secreto y por el esfuerzo de abarcarlo, y enloquecido de risa y de terror, «no pudo contenerse más [conjetura Pierre Grimal en su *Diccionario de la Mitología*], y haciendo un agujero en el suelo confió a la Tierra que el rey Midas tenía unas orejas monstruosas».

Entiendo que el anterior párrafo reclama justificación. Bien sé que citar algún texto de nuestro mentado calígrafo pudiera hacer creer

que desconozco la piedad. Es un riesgo venial y no voy a evitarlo. Tras haber verificado que «los franceses fueron los primeros en descubrirlo» [a Borges], y ante el beneplácito del maestro (quien, por cierto, en estas entrevistas se comporta en ocasiones con una cortesía servil, en el supuesto de que no sea irónica), Milleret reflexiona modestamente: «Es el papel tradicional, histórico de París, ciudad luz, sitio donde alienta el espíritu, y constituye una de las misiones históricas de Francia. Recuerde a Du Bellay: *Francia, madre de las artes, de las armas y de las leyes*» —frase entre épica y lírica, pero sin duda intencionada, que pudiera haber motivado la extrañeza del ensayista Juan Carlos Curutchet: «Estas entrevistas —concede— no carecen de concesiones al hermetismo.» «Su sagacidad —agrega el crítico argentino— se pone nuevamente de manifiesto cuando, al dividir en etapas la vida de Borges, denomina 'la noche' al período correspondiente a su ceguera» (3). Curutchet no miente: en efecto, Milleret, para mencionar la ceguera de su entrevistado, súbitamente agita esa metáfora perpetua. Llamaremos licencia poética al hecho de que Milleret haya afirmado anteriormente que la metáfora ya ha muerto —lo que equivale, aproximadamente, a afirmar que el plátano o banana es el biznieto del zepelín, o, en otro sector de la ciencia, que la bestia antediluviana estérilmente sanguinaria y de digestión mensual se llamó climaterio.

Aludí a la fantástica —quizá irónica, quizá servil— cortesía con que Borges convalida —o remeda— a Milleret: «Cuando llegué a España, después de la Primera Guerra Mundial, me sorprendí muchísimo al encontrarme en presencia de hombres de letras que ignoraban el francés, porque para mí era como si no hubiesen aprendido a leer y a escribir» —indica el maestro, usando un símil tan difunto que con él parece querer agradar (¿o irónicamente agredir?) a la bárbara teoría de la defunción de la metáfora. Más adelante, el más grande artista actual del idioma castellano añade: «... el español sigue siendo, para las letras, como una lengua un tanto provincial, ¿no?». Pero cuando ya empezamos a sospechar que tal vez Borges se burla de su interlocutor, y de su lector, y quién sabe si hasta remotamente de sí mismo, es cuando informa de que «Victoria [Ocampo] posee una gran cultura francesa; piensa y escribe todo en francés. No siente en español; por ejemplo, no puede juzgar la poesía en lengua española, y muchas veces me preguntó si un poema era malo o bueno. Incluso me confesó una vez que le estaba muy agradecida a Ortega y Gasset por haberle demostrado que la lengua española era capaz de lite-

---

(3) En «Sobre las inconveniencias de no saber callar en el momento oportuno». *Bel*, núm. 13, p. 4. Barcelona, junio 1972.

ratura, algo que ella nunca hubiese sospechado». Sabíamos que debíamos a Ortega el habernos propuesto «la ilusión de vivir sin ilusiones», la posesiva y memorable fórmula «yo soy yo y mi circunstancia», una comedida reflexión sobre la caza de animales, el esfuerzo permanente por ilustrar a los españoles y a algunos alemanes, un poema de don Antonio Machado, la *Revista de Occidente*, parte del iracundo desasosiego de numerosos y desmedidos universitarios, una jubilosa parodia compuesta por el malogrado Luis Martín Santos, algunos lúcidos elogios del mexicano Octavio Paz, una larga calle de Madrid y, en fin, parte muy considerable de nuestra cultura general. Pero desconocíamos ese otro servicio que nos hizo Ortega al demostrar a doña Victoria que la lengua española también, aunque humildemente, es capaz de literatura, algo que para doña Victoria, al fin y al cabo un espíritu abierto, debió de ser una maravillosa sorpresa.

Porque no somos reticentes, hemos disculpado en doña Victoria su resistencia a suponer al castellano alguna capacidad de expresión literaria; se lo hemos disculpado también porque —gracias a Ortega— ya le concedió a nuestro idioma esa inverosímil propiedad; y, en fin, se lo hemos disculpado porque fuimos educados con la necesaria ceremonia; vale decir: doña Victoria es una dama. En cuanto a ese desdén lingüístico de Borges, también se aplasta abruptamente contra nuestra disculpa: porque sospechamos fingido y juguetón a ese desdén y porque, en última instancia, paradójicamente proviene de uno de los artistas que más han hecho en la historia del habla castellana por que este idioma alcanzase a ser esa fiesta para la inteligencia que en ocasiones puede ser: al menos, en la pluma de Borges. ¿Pero por qué razón habríamos de disculpar a Milleret, quien no es ni una dama ni un genio? Pues nuestro reportero, acaso suponiendo que las bromas de Borges son excusas universales, aprovecha su turno y, lleno de patético arrojó, desafortadamente opina; y de tal forma, que ello nos lleva a recordar dos líneas que en su «Arte de injuriar» celebra Borges: «Su esposa, caballero, con el pretexto de que trabaja en un lupanar, vende géneros de contrabando.» Con similar astucia, Milleret, con el pretexto de que carece de talento, exagera la negligencia de su información: «Hay que señalar que en la historia [de la cultura] española, tal vez el momento de mayor esplendor y riqueza corresponde a aquel en que sólo existían pensadores y artistas árabes y judíos.» Como el sueño de la razón produce monstruos, hay que confiar en que cuando nuestro juicioso estadístico se acueste a dormir sueñe horriblemente con don Jorge Manrique, con Fernando de Rojas, con Garcilaso, Góngora, Cervantes, con el múltiple autor del *Cancionero*, con Teresa de Avila y con Juan de la Cruz, con Larra, Béc-

quer, Juan Ramón, Machado, con Lorca, con Velázquez, con el Greco, con Goya... y le haga despertar sudoroso la espantosa sonrisa de Quevedo —el cual, no podemos negarlo, era cojo y miope—. Claro que «es cierto que un escritor no tiene gran cosa que aprender de España, excepto bellas imágenes turísticas» —aclara el desengañado Milleret, quién sabe si con un capote torero en una mano, una guitarra de Santos Hernández en la otra, y dándole puntapiés a una pandereta. Capotes, guitarras, panderetas... y faldas de volantes, camisas de almares, largas patillas a la manera de los Siete Niños de Ecija, rejas morunas, ojos de azabache y la bárbara festividad de San Fermín. «Creo —resume nuestro dubitativo viajero, sospecho que sin habernos perdonado todavía nuestra resistencia en 1808 a las tropas de Napoleón— que su debilidad colectiva [la de los españoles] proviene, sobre todo, de la ignorancia general que los mantiene al nivel de la Inquisición.» En su libro *Textos para nada*, Samuel Beckett exclama: «¡Rápido, antes de llorar!» Tan rápido como impertérrito, señala Milleret en otra página: «Darío era autodidacta, y debido a su extracción modesta le faltaba lo *pulido*, la fineza que se recibe a través de una educación proporcionada desde la infancia, me parece.» La fiereza de esa vacilación nos lleva a dudar de si no estaremos, en resumidas cuentas, delante de un ente grandioso. Hay que sospechar que monsieur elabora meticulosamente su ignorancia: no puede ser improvisada. Ante un joven literato muy enojado con el jabón, se interrogaba Benavente: «¿Dónde encontrará este hombre tantas camisas sucias para cambiarse?» ¿Y dónde encontrará Jean de Milleret tantas opiniones absurdas para ir las reponiendo? ¡Es imposible que todas se le ocurran a él!: «... conozco perfectamente un motor y (...) si siento placer cerebral al descubrir o resolver un desperfecto, me desagrade absolutamente ensuciarme las manos con aceite o con grasa. Las manos están hechas para acariciar la belleza del mundo y no para estar al servicio de máquinas sucias», asevera, acaso indicando entre líneas que sólo se refiere a sus manos, o quizá a todas las manos, en cuyo caso Milleret nos informa —entre líneas— de que siempre viaja a pie o montado sobre una mula o algún otro animal amigo del hombre. En cuanto a acariciar la belleza del mundo (es decir, pasar las manos delicadamente sobre los bosques, los océanos, las ciudades, las cordilleras y la astronomía), nos parece muy ambicioso, tal vez exagerado. Aun cuando sean mimados, además de las manos, los pies: «... asistí al fin de la segunda tiranía [la metáfora se basa en el Gobierno de Perón]; no era nada hermoso. El populacho en la calle, incendiando las bibliotecas mientras gritaba: '¡Alpargatas sí, libros no!'; la policía plebeya por todas partes» —se lamenta, quién sabe si soñando con